

Comentario al evangelio del sábado, 29 de enero de 2011

Queridos hermanos:

Se ha dicho que los antiguos creían gracias a los milagros y que los modernos creemos a pesar de ellos. Esta segunda actitud no parece estar del todo reñida con la sensibilidad de Jesús, que en algún momento reprochó a los discípulos: “si no veis milagros no creéis” (Jn 4,48).

En realidad el creyente auténtico no exige señales extraordinarias, sino que sigue sencillamente a su Señor y busca desinteresadamente su voluntad. Una constante de la tradición evangélica es que Jesús nunca realizó un signo en ambiente de desafío, antes bien designó como “perversa y adúltera” (Mt 12,39) a la generación que se lo exigía.

El verdadero creyente deja a su Dios en total libertad; los tres jóvenes del libro de Daniel confesaron el poder de su Dios para librarlos del fuego, pero añadiendo: “aunque no lo haga, no serviremos a ningún otro Dios” (Dn 3,18).

No es, pues, característica de una fe madura la búsqueda de milagros; pero la oposición a ellos puede ser signo de autosuficiencia, o quizá de haber sucumbido a un secularismo que considera a Dios totalmente ausente de la historia u olvida que el mundo es criatura de Dios y no a la inversa.

En el evangelio de hoy los discípulos reconocen la propia limitación e inconsistencia; se sienten impotentes ante algo que los supera, pero cuentan con que “Jesús es el Señor”, con un señorío que no puede quedar limitado por fuerzas incontrolables y salvajemente destructoras. Indudablemente tenemos una narración adornada desde muchas escenas veterotestamentarias: Yahvé cabalga sobre el océano, puso un límite al mar y éste no lo traspasará, domesticó al monstruo marino Leviatán,... Con esas imágenes como trasfondo la tradición evangélica expresó su fe en la divinidad de Jesús; también él, como el Yahvé soberano en que siempre creyeron, puede increpar al mar y crear calma. Pero la fe de los discípulos no llegó hasta dejarle en plena libertad para que actuase como y cuando quisiera. “¿Por qué teméis?”

Desde esta fe en el Dios soberano y libre, acucian numerosas preguntas al hombre moderno. Ya no es preciso seguir mirando hacia Auschwitz; nos basta con Haití o con las devastadoras inundaciones de Australia. ¿Es que Jesús, Señor omnipotente del mundo y de la historia, ha estado dormido? No nos basta una respuesta facilona que ha corrido en forma de pps: primero echamos a Dios de nuestro mundo y luego nos quejamos de que no está. Él, bueno y poderoso, está muy por encima de nuestras incoherencias. Quizá lo más adecuado sea nuestra admiración de creyentes que no abarcamos el

misterio y tenemos seguir preguntándonos “quién es Éste”.

Vuestro hermano
Severiano Blanco cmf

Severiano Blanco cmf

Publicado en Ciudad Redonda
www.ciudadredonda.org